

Capítulo 1

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Félix Denegri Luna en el recuerdo

VALENTÍN ABECIA BALDIVIESO

Félix Denegri Luna fue un historiador peruano muy apreciado en Bolivia. Asociado a Jorge Basadre dio a conocer los cuatro volúmenes de la *Biblioteca de la República* (1951-1953) con textos de algunos ilustres personajes peruanos, entre ellos el mariscal Castilla. Con apreciada dedicatoria nos hizo llegar la *Memoria militar* del general Joaquín de la Pezuela sobre la campaña del Alto Perú (hoy Bolivia) correspondiente a 1813-1815. Trabajó con Alberto Tauro en la documentación de Castilla de 1834-1835, publicada en 1963. Su libro sobre el mariscal Domingo Nieto y la iniciación republicana del Perú fue publicado en 1955. El año 1965 dio a luz el libro *Manuel Mendiburo prefecto de Tacna 1834-1842*. Félix Denegri tiene varios trabajos sobre historia.

Lo conocí en 1965, en La Paz. Me llamó por teléfono. La amistad y el afecto brotaron espontáneamente. Era de mediana estatura, nariz aguileña, labios finos; conversador, sus ojos claros los ocultaba detrás de unas gafas que denotaban al hombre metido a los libros. Su conversación sencilla acarrea noticias interesantes del mundo en que vivía: su profesión, las noticias bibliográficas, su acuciosidad por encontrar novedades y los amigos comunes. Era un espíritu joven, respetuoso, positivo.

Tuve una enorme afinidad con Denegri Luna por la similitud de nuestras actividades. Éramos abogados correspondientes; él atendió en diversos tiempos asuntos de empresas peruanas en Bolivia y tuve oportunidad de recomendar su estudio jurídico a empresas extranjeras que trabajaron conmigo en Bolivia. Por otra parte, nuestras labores académicas nos unieron bastante y fue una rara coincidencia el que prestara sus servicios en una almacenera de *warrant*: yo en Bolivia fui propulsor de esta actividad que era menos desarrollada que en el Perú. Él tenía pasión por los libros y formó una extraordinaria biblioteca personal en Lima; yo, de alguna manera, comencé a coleccionar libros en La Paz para que con el correr del tiempo se convirtieran en una biblioteca algo significativa.

Recuerdo que en cierta ocasión Félix llegó a la ciudad de La Paz. Tuvimos un feriado, y entre sus aceleradas actividades profesionales y compromisos para conversar con algunas personas burócratas no tuvo más que amortiguar sus expectativas y nos quedamos una tarde en casa. Como siempre, hablamos de libros y discurrimos sin pensar en la apacible vida de la biblioteca, de esas vidas guardadas y siempre sugerentes de personajes del pasado, nuestra sociedad, la hermandad Perú-Boliviana, los aciertos y desaciertos de algunos de nuestros próceres, los cronistas, la Confederación Perú-Boliviana.

El investigador serio se recoge y apoltrona en su escritorio y frente a un anaquel encuentra enseñanzas, vidas del pasado, cuando afuera bullen los nuevos hombres que comentan la creación de la píldora anticonceptiva que iba a revolucionar la sociedad. Yuri Gagarin había penetrado en el espacio extraterrestre; los cerebros electrónicos; la informática, las comunicaciones, los plásticos, las fibras sintéticas, el transistor, la cirugía del corazón, las válvulas artificiales y tantas otras innovaciones, creaciones e inventos que sin embargo a nosotros no pueden sacarnos del libro que fascina, atrae, con sus características del lento progreso que comenzó con Gutenberg.

Nuestro interés nunca fue discurrir sobre cosas que no fueran el pasado porque estas no son historia; lo serán mañana. Sin embargo, en la marcha del mundo, Perú y Bolivia pasaron por etapas históricas como el colonialismo económico social, la eclosión independentista y la hermandad de pueblos afines en la República. Esa historia e investigación apasionaban a Félix.

En los múltiples congresos internacionales de historia a los que concurrimos juntos, en Argentina, Caracas, Chile, Perú, Bolivia, España y Portugal, mantuvimos nuestras afinidades. Alguna vez nos reunimos en Lima con Pedro Grases, Guillermo Feliú Cruz y Jorge Basadre, y encontramos en su biblioteca un hogar de conversación y novedades históricas que salían espontáneamente. Los nombrados me honraron con su amistad, pues, por diferencia de edad, los traté con el respeto que merecían. Más tarde el trato fue de más confianza.

A iniciativa de Félix hablamos informalmente de crear una «logia de investigadores históricos» con el solo y único propósito de intercambiar libros raros, novedosos y de importancia bibliográfica. En nuestra lista estuvieron Briceño Perozo, Gunnar Mendoza (que no siempre respondía a nuestros requerimientos), Jorge Salvador Lara (que entonces estuvo en quehaceres políticos), Julio César Gonzales y Hernando Sanabria Fernández.

Feliú Cruz hizo una grata crítica a mi *Historiografía boliviana* y me obsequió su *Historiografía Colonial de Chile*. Le conté cómo nació la idea de escribir sobre historiografía y mis andanzas en París con Humberto Vásquez Machicado, allá por el año 1956. Vásquez buscaba datos en el Quai D'Orsay sobre las gestiones del mariscal Santa Cruz. Feliú me habló, afanoso, de las noticias obtenidas en la

Biblioteca Nacional de Madrid en el Palacio Real, en Simancas y Sevilla; me sirvió bastante, pero a Félix Denegri le debo informaciones valiosas sobre los cronistas y las publicaciones peruanas sobre esta materia.

Fue Félix Denegri un principal proveedor de noticias. Nos escribíamos con frecuencia y retribuía con algún documento o libro especial que enviaba como una rareza bibliográfica. Le conseguí en La Paz la *Bibliografía boliviana* de Rosendo Gutiérrez (muy rara); inmediatamente me envió una de las ediciones príncipe de Gabriel René Moreno que yo no tenía (hoy no recuerdo el nombre). Además, me enviaba noticias de alguna obra que se vendía en Lima y que podía interesarme. Así compré, por ejemplo, *El Conde de Guaquí (Goyeneche)* por Herberos de Tejada.

Félix era un promotor de libros, un infatigable bibliógrafo que, a mi juicio, trabajó más con los libros y gozó con ellos que escribió historia. Muchas veces hablamos de este tema. Yo le decía que el historiador boliviano Gabriel René Moreno tuvo una rara cualidad: era un bibliógrafo apasionado y erudito que publicaba el registro de libros, folletos y periódicos a la par que investigaba y publicaba libros sobre cuestiones históricas; y que él (Félix) me recordaba su personalidad.

Al formar una invalorable biblioteca, Félix Denegri adquirió, sin duda alguna, mucha erudición y conocimiento de los hechos que no volcó en publicaciones al ritmo del saber que fue acumulando. Denegri Luna hacía entregas verbales de sus averiguaciones, se deleitaba con su aporte al extremo de que muchos historiadores han bebido en las ubres de su saber y de su bien provista biblioteca.

Para sus amigos historiadores bolivianos, chilenos, argentinos, ecuatorianos, colombianos, venezolanos y otros, su casa era un aerópago de intercambio de ideas, libros y saberes, con un calor especial pues allí nos congregábamos gentes en pos de amistad, paz y libros; de noticias y sorpresas, de intercambio de rarezas bibliográficas, con un dueño de casa sin par que había forjado un espíritu de servicio extraordinario al calor de un hogar honesto y siempre amable.

Su esposa Maricucha nos obsequió gratos momentos de amistad. Félix gozó de su biblioteca-hogar junto a sus amigos bibliógrafos y en esto fue más feliz que muchos historiadores que no comparten sus descubrimientos, sus noticias y sus saberes al calor de su casa, su buena mesa e inclusive sus medidas porciones de algún licor que escanciábamos con deleite.

Félix no ha muerto para nosotros. Está vivo en esos papeles que trabajaríamos todos los días, en las anotaciones que poseemos, en los anticuarios limeños, argentinos y chilenos que nunca dejaron de preguntar por él. Su espíritu se deja añorar porque no oímos su grata voz y sus encargos, pero está vivo en el recuerdo y la amistad.